

AMÉRICA SCROLL
EL ORDEN ALEATORIO

TESIS DE MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

Seminario Andrés Bello – Instituto Caro y Cuervo

Director de Tesis: Juan Cárdenas

Estudiante: Aldo Medinaceli

Bogotá DC, Colombia – 2020

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá, D.C., Fecha 9 de junio de 2020

Señores
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI
Ciudad

Estimados Señores:

Yo ALDO RICARDO MEDINACELI LOPEZ, identificado con C.E. No. 934431, autor del trabajo de grado titulado AMÉRICA SCROLL – EL ORDEN ALEATORIO presentado en el año de 2020 como requisito para optar el título de MAGISTER EN ESCRITURA CREATIVA; autorizo a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su (s) autor (es).

Aldo Medinaceli

CE 934431

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Medinaceli Lopez	Aldo Ricardo

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Cárdenas	Juan Sebastián

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister En Lingüística

TÍTULO DEL TRABAJO: AMÉRICA SCROLL

SUBTÍTULO DEL TRABAJO: EL ORDEN ALEATORIO

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: BOGOTA AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020

NÚMERO DE PÁGINAS: 71

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: ¾ ___ Mini DV ___ DV Cam ___ DVC Pro ___ Vídeo 8 ___

Hi 8 ___ Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____)

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL

Narrativa

Viaje

Crónica

No ficción

América

Experimental

INGLES

Narrative

Travel

Chronicle

Non fiction

America

Experimental

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

La novela América Scroll es un manuscrito literario en el género de ficción. Está organizado a través de fragmentos narrativos. En cada uno de ellos explora diferentes géneros literarios como la crónica de viaje, el realismo, la no ficción, el verso libre o la prosa experimental. Tanto la novela como el ensayo introductorio, titulado El orden aleatorio, abren interrogantes acerca de las formas literarias, su composición, montaje y la unidad narrativa como estructura del tiempo.

En ese sentido, la novela narra la historia de un viaje por América, que pudo haber durado años o tal vez solo días, quedando en el lector la organización de los ciclos temporales. Los dos personajes, Uma y un narrador sin nombre, visitan, observan, analizan, experimentan tanto como narran.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

America Scroll is a novel, a literary manuscript in the fiction genre. It is organized through narrative fragments. In each of them explores different literary genres such as the travel chronicle, realism, non-fiction, free verse or experimental prose. Both the novel and the introductory essay, entitled The Random Order, open questions about literary forms, their composition, assembly, and narrative unity as a structure of time.

In this sense, the novel tells the story of a journey through America, which could have lasted years or perhaps only days, leaving the organization of time cycles to the reader. The two characters, Uma and an unnamed narrator, visit, observe, analyze, experience as much as they narrate.

AMÉRICA SCROLL – EL ORDEN ALEATORIO

ÍNDICE

TÍTULO	PÁGINA
Ensayo Introductorio – El orden aleatorio	1
Vitela	4
Cordillera	19
Rayos Z	32
Aeronave	43
Séptima	53
Cascada	59

Ensayo introductorio: El orden aleatorio

Tomando en cuenta que las ideas que tenemos de fondo y forma en la obra de arte son artificiales, algo así como abstracciones que nos ayudan a separar el qué del cómo, intentaré enfocarme solo en la segunda de estas categorías, la llamada forma literaria. En el trayecto espero desenredar un tejido, o aclarar para mí mismo y para el lector un proceso de escritura en el que intervino más el instinto que el cálculo racional. En ese fin, siempre enfocado en el proyecto de escritura plasmado a continuación, me gustaría centrarme en tres puntos que considero claves en su hechura. Estos son: la unidad narrativa, vale decir las divisiones en las que está organizada toda narración; el género literario, o el envase de convenciones con el que agrupamos las formas de escribir; y, por último, la música como un referente ineludible en la estructura del libro.

Creo que la idea de una unidad narrativa, o bien podríamos decir un capítulo, una escena, un diálogo o incluso una simple frase, es indisoluble de nuestra concepción del tiempo. Algo que diferencia favorablemente a la literatura del cine es la variedad de temporalidades entre un lector y otro. Si bien una escena de siete minutos en una película puede durar en el espectador meses o años, los siete minutos de la escena se mantendrán impertérritos. Sin embargo, en el caso de los libros abundan los marcadores de páginas, los volúmenes abandonados por la mitad, las distracciones, los irreverentes lectores que jamás terminan un capítulo antes de agarrar el teléfono, así como las pausas aleatorias que hacen

prácticamente inmedible la duración de dicha unidad narrativa. Digamos que las mediciones temporales con las que lidiamos son más líquidas e inasibles que en otras disciplinas como podría ser una puesta en escena. Los lectores nunca están atrapados en una sala mientras dura una lectura, salvo que se trate de la mala costumbre de una lectura pública. En principio y en un marco ideal, cada lector tiene una subjetividad libre que decide cuándo dejar tirado, o bien, cuándo darle una nueva oportunidad a un libro.

Siguiendo tal criterio, elegí el trabajo conciente y arduo del fragmento como unidad narrativa por excelencia. Un fragmento que permita otorgarle al lector distensión entre una unidad y otra, que no se sienta en la obligación de culminar cada parte en el desgastante intro/nudo/desenlace sino que perciba cierto efecto de libre albedrío de lectura. Esta aparente distensión, por supuesto, solo tiene efecto si, por otro lado, en el impalpable espacio del contenido, está su contrapunto necesario. De ahí que los fragmentos sean de diferente duración según el tema que se trate y siempre buscando equilibrio entre esas dos facetas de la misma moneda: la forma que a la vez es fondo. Siendo así, los fragmentos, a la vez eludirían un efecto de conclusión, todo chin-pún final que nos haga pensar que algo está resuelto, porque el propósito de la literatura como el de la vida misma suele ser que no termine.

Acerca del género en esta escritura, quizás en base a cierta incredulidad en los límites convencionales, podría decir que la microficción fue el primer acercamiento, devenido luego en una suma entre minicrónica, verso, *non fiction*, diario, *road trip*, realismo sucio, cuaderno de notas y otros más, según cada fragmento. Así, casi nacida de una incapacidad por desarrollar un relato tradicional, la problemática del género quedó en las funciones del lector, quien puede deshacer las parodias, si así lo desea, o involucrarse más con una u otra aproximación a los llamados “géneros mayores”. En este caso, la música y algunas de sus

representaciones serían un apoyo más concreto para exponer el proceso de ensamblaje, lo que me lleva al tercer y último punto de esta breve introducción.

Una vez establecida la distancia con un montaje lineal de la narración, aclarando que es más bien un espacio aleatorio, lúdico o cíclico, quisiera hacer una relación con la música como un referente en la composición. Entre varias, dos de las fuentes más recurridas fueron los álbumes pop y una interpretación de la música clásica. De los primeros tomé la sensación de estar ante un todo, cerrado, redondo, que busca ser oído más de una vez. Normalmente inicia con una canción de fácil digestión, avanza con eslabones funcionales en la lógica interna de su narrativa (posibles cortes promocionales, coros, estribillos, solos) pasando por picos, mesetas y quebradas para culminar, casi sin variación, en una balada que otorgue sensación de calma.

En ese sentido, repetitivo o incluso industrial de los álbumes conceptuales, estaría en parte cimentada la propuesta del montaje. Por otro lado, en un riesgo más interesante, pondría a la música clásica, en especial a una vertiente del barroco en donde una misma frase puede desencadenar un sinfín de cambios formales, convirtiendo al libro en un constante reto de estilo interno, manteniendo un hilo cada vez más delgado entre el impulso inicial y sus ramificaciones. Visto así, el libro que propongo a continuación sería una mezcla entre lo popular y algunas tradiciones clásicas de la música instrumental, una *opereta pop* reducida a sus elementos básicos, sin perder de vista a los intérpretes referenciales pero con el fin de mantener la aguja siempre encima del disco.

Vitela

Tengo la piel curtida por el sol de las montañas andinas, alguien que me espera en el aeropuerto y una botella de agua en la mano.

Apagaron las luces. Por un instante vimos el cielo oscuro allá afuera. Cerca de la cabina se levantaron un par de cabezas. La turbulencia quedó atrás pero algunos pasajeros siguieron inquietos.

Scroll. Avanzo por las historias. Veo a la mascota de mi tía, un doberman castrado que se llama Tyson, la noticia de un río contaminado con algunas imágenes sin filtro. Nacimientos, despedidas. Así hasta que me quedo dormido.

Lo último que leí fue algo de las vacaciones de un amigo de la infancia, mostrando a su familia al borde de un lago. Cuando desperté, la pantalla estaba apagada.

El viaje no comenzó por algo trascendental o motivos de ese tipo. Nos fuimos porque allá, muy lejos, sentíamos que había algo esperándonos. No se trataba de un escape al estilo *Into the wild*, aunque la vimos varias veces. Tal vez haya sido por asuntos de la edad, porque luego de terminar la universidad, cogimos un par de mochilas y ya. Además, siempre habíamos querido conocer las playas peruanas y chilenas.

Antes de partir soñé con un ataúd en la playa. Alguien salía y afuera el agua del mar parecía recibirlo. Todavía no sé si el ataúd era gigante o la persona muy pequeña, pero su tamaño era desproporcionado en relación a la persona que salía de él. Tenía una puerta. El hombre la abría y salía a caminar por la playa.

Así que ahí estábamos, sin demasiado efectivo en los bolsillos, con varios libros por olvidar y muchas ganas de tomar una cerveza.

Ha aparecido un nuevo virus con aura de rey. Parece apacible. Tiene tres puntas como un penacho cubriéndole la testera. Un movimiento en falso y listo, legiones son aisladas.

A veces sentíamos que nos perseguían. Teníamos cierta aversión contra los policías. No era que nos cayeran mal, en principio, pero digamos que tenían el mal gusto de aparecer en los momentos menos indicados. Eran los mejores para echar a perder la fiesta.

Familia. Siempre que se reúnen, cuentan la misma historia, cómo el abuelo se escapó de casa cuando tenía quince. Se fue con una artista francesa que había llegado al pueblo junto al circo. La historia solía ser contada de distinta forma. A veces incluía persecuciones de un novio que podía ser uno de los equilibristas o alguno de los domadores.

Lo que nunca cambiaba era el final: el abuelo desaparecía. Luego retornaba cada cuatro, cinco o diez años, llevando un recién nacido. La abuela, la última de sus parejas conocidas, se había hecho cargo de los diferentes hijos, seis en total.

Ella solo respondía con monosílabos mientras el resto recordaba las aventuras de alguien que había pertenecido a una época muy diferente.

Siempre le agradeceré a Uma el que no haya dudado ni un segundo.

Vámonos, me dijo en cuanto le pregunté.

Unas semanas después estábamos haciendo autostop en una carretera hacia el Pacífico.

Conocimos a Ejti en una exposición de fotografías. Siempre creímos que era diferente o que tenía algo malo en la cabeza. Escuchaba a los Punsetes todo el día y si nos hubiera dicho que acababa de asaltar un banco, no nos hubiera sorprendido.

Un día la vimos aparecer por la esquina con la moral baja. Se había convertido en un despojo humano, llevaba la misma ropa del día anterior y el cabello sucio.

Al vernos ni se alegró ni se sorprendió.

Estoy hecha mierda, nos dijo.

Todavía no sé por qué, pero ni Uma ni yo le preguntamos nada. Solo caminamos con ella durante horas. Por la noche la acompañamos hasta su casa. Ejti nos dijo que no quería entrar así que fuimos a tomar unas cervezas para ver si se le pasaba.

Siempre se había portado bien con nosotros, supongo que le caíamos bien. Pero vimos cómo destruía a otras personas solamente porque decían algo que a ella no le parecía correcto o porque escuchaban música pop.

Fue con quien más hablamos en nuestro paso por Iquique. Cuando nos fuimos, nos regaló una hoja de cuaderno que tenía una fotografía pegada, parte del catálogo de la exposición, con un corazón dibujado y la foto de una bicicleta estacionada. A su lado decía: “a descubrir caminos”.

Cambio de fuente al escribir, escribo a mano, casi nunca edito. Borro escenas. A veces el sendero se encuentra por equivocación.

Lo que comenzó como una simple aventura fue convirtiéndose en un viaje más largo de lo imaginado. Incluso hoy es complicado asimilar lo que sucedió. Hubo peleas. Porque no hicimos todo el viaje juntos. Nuestros caminos se separaron y volvieron a unirse como en una coreografía planificada.

Un libro sin esquinas. Que se agrande y se achique como una pupila, que en los cortes aparente el apocamiento de una ola. Un objeto articulado por líneas curvas o esferas. Una escritura a veces panorámica pero que, de rato en rato, llegue a ser íntima. La amplia mirada junto al detalle de un *zoom* irrefrenable.

Junto a Uma atravesamos la cordillera, pero eso lo contaré más adelante.

Cuando arrancó enero estaba seguro de que este año sería inolvidable, el mejor en mucho tiempo, el que solucionaría muchas de las malas decisiones que había tomado en el pasado. En cierto modo fue así. Las innumerables cosas que había dejado sin terminar fueron

cobrando sentido, estaba en el lugar donde quería estar, con las personas indicadas. La escritura comenzó a fluir. Había decidido comenzar a viajar de nuevo, así que busqué formas para hacer esos viajes realidad. Me di cuenta de que el año se encaminaba en la forma que esperaba. Los meses avanzaron sin mayor novedad, como una cosecha anunciada hacía mucho tiempo. Pero nada de eso importó. Lo que terminó por marcar este ciclo fue algo que jamás vi venir. Siempre recordaré el diecinueve como el año en que perdí a mi hermano. Se fue como hacía todas sus cosas, en silencio, en un viaje espiritual tan propio que todavía me cuesta entender.

Viajar fue como una forma de curarme. El problema era que, de vez en cuando, me daba cuenta de que el remedio podía convertirse en una droga más peligrosa, como ingresar en un laberinto para salir de otro anterior. Así que cuando eso pasaba buscaba alguna base central. Entonces volvía a Bolivia o de lo contrario el viaje se hacía insoportable.

En el ensayo *Caos y argumento*, Marcelo Cohen hace un diagnóstico acerca del fluir del tiempo en la literatura contemporánea, es decir, desde las redes sociales y la vida misma: «El estilo fragmentario es lo que manda la subjetividad de esta época. La confesión paratáctica del *chatter*, el adicto a *Facebook*, el entrevistado y la movilera rebosan de rodajas de emoción, de certezas, de deseo de decir que no dice nada», escribe.

¿Qué significa hoy perseguir la linealidad?

Llegar. Acabar. Ir en pos. Venirse.

¿A dónde nos lleva la escritura?

Por ahora, creo que lo único que importa es el camino. Vale decir: escribir.

No llevamos libros. Queríamos, como dicen, leer la realidad. Todavía no estoy seguro si escribir durante el viaje fue un error. Era una forma de profundizar en esa misma realidad. Hoy me pregunto si no sirvió al mismo tiempo para evadirla. Después de todo ¿qué es la realidad? Esto que escribo sería una versión de la misma, en cualquier caso.

Una tenía amigas, ex compañeros y gente conocida en Mendoza, Baires, Córdoba y Rosario. Yo había escrito antes a amigos de Uyuni. Arequipa, Lima o Quito. Así fuimos planeando el recorrido. Si tuviera que organizarlo en etapas, la primera sería la del arte, los bares y el sexo.

Anoche fuimos a un club que estaba al otro lado de la ciudad. Yo no lo conocía pero Uma me decía todo el tiempo que era el mejor y que las bandas que tocaban allí eran también las mejores. No demoramos mucho. Antes pasamos por la casa de Renata y Arturo. Nos hicieron esperar. Cuando salieron, ella parecía una bailarina de cabaret y él un mafioso del

Bronx. Subieron al auto que conducía Uma y estuvieron besándose durante todo el camino. En un momento vimos que ella le acariciaba la verga por encima del pantalón, nos miramos y no dijimos nada. Creo que Uma se molestó porque comenzó a conducir de otra manera. Yo no tenía ningún problema si Renata comenzaba a chupársela en el asiento de atrás, estaba cómodo y no tenía que ver el espectáculo, pero claro, Uma era quien conducía y quizás se hubiera molestado si ellos lo hacían.

Finalmente llegamos, había una fila afuera del club.

La banda que tocaba era Las hermanas de Rimbaud. Eran todas adolescentes, como de entre dieciocho y veinticuatro, tal vez. Cada una tenía el cabello de distinto color. La única que lo tenía negro, en verdad era rubia. Vestían ropa suelta y me parece que ninguna llevaba sujetador. Su ropa era como si estuviera rota, pero en verdad no lo estaba, simplemente simulaba estar descuidada.

Su música me gustó, era punk y electrónica. De rato en rato la vocalista hacía sonidos sucios y fingía estar masturbándose. Entonces la que llevaba el bajo simulaba penetrarla con el instrumento y la baterista se emocionaba hasta que todas gritaban. No eran desafinadas ni nada de eso. Al contrario, creo que tenían talento y que los adolescentes ebrios no lo apreciaban del todo. La cantante podría haber estado en un coro de ópera o algo así. Al menos eso pensaba yo en ese momento, relajado por la marihuana y el primer pisco.

Después de unas horas en el club, me di cuenta de que efectivamente ninguna de Las hermanas de Rimbaud llevaba sujetador, dos de ellas se besaron y acariciaron con delicadeza. Había algo en el grupo que no terminaba de convencerme, incluso su disimulado romance homosexual no me parecía auténtico. Todo indicaba que continuaban con su actuación. Al parecer, a su puñado de fans les conmovía verlas besándose en los sillones. Un rato después, Uma metió su mano adentro del jean y me frotó la verga por encima del bóxer. Se me puso

dura en un momento. Después comenzó a hacerme la paja mientras ella miraba a las parejas que bailaban o simplemente se abrazaban y besaban en el club.

Cuando ya estaba excitado tomé de una mano a Uma y la conduje hasta el baño. Allí no alcancé a desvestirla, solamente nos bajamos los pantalones. Ella me la chupó un rato más de cuclillas. Parecía que quería tragarse mi verga. Nunca sé si cuando hacen eso en verdad están tan excitadas que se la meten en la garganta hasta donde puedan, atorándose, o simplemente piensan que es placentero. Se puso de pie frente al espejo y se la metí por atrás sintiendo sus nalgas firmes y cómo mis testículos golpeaban contra ellas, una y otra vez, hasta que comenzó a reprimir sus gritos poniéndose una mano sobre la boca. Luego levantaba la vista y nos miraba a los dos en el espejo y eso la excitaba tanto que se olvidaba de que estaba gritando y solamente fijaba su vista en mí, en mi reflejo. Así estuvimos durante unos minutos, sintiéndonos, yo dentro de ella, mareados por el ambiente del club, hasta que ella simplemente gritó con todo.

Sentía que la verga me iba a estallar. Se ponía más dura a medida que yo aceleraba. Así un par de minutos hasta que terminé y ella se hizo más estrecha mientras yo eyaculaba. Parecía acariciar mi verga de abajo hacia arriba, apretando hasta el fondo y luego subiendo hasta la punta, hasta que finalmente se detuvo. Un rato después se estaba arreglando el maquillaje con la ayuda del espejo, ya ambos con los pantalones arriba, y encendí un cigarrillo. No tuve la precaución de ver si había alguien afuera del baño, así que salí visiblemente tranquilo y con el cigarrillo encendido. Afuera estaba la vocalista de Las hermanas de Rimbaud con un tipo, los dos me vieron pasar y me di cuenta de que habían oído todo. Pero no hicieron ningún gesto de sorpresa ni de nada, simplemente me miraron y siguieron en su asunto.

Bebimos como una hora más. Arturo y Renata estaban bailando abrazados. La banda había tocado su último set frente a los fanáticos que los seguían a todas partes, un grupo como de quince o veinte jóvenes para quienes las Hermanas era la última tendencia musical en esa parte de la ciudad.

Solía dejar las cosas sin terminar. Un día decidí acabar todo lo que comenzaba. Por entonces cayó en mis manos *En busca del tiempo perdido*. Era la prueba. Dos meses después seguía en el primer volumen. No recuerdo cuánto tardé en terminar aquel primer tomo, pero cuando lo hice me di cuenta de que no era necesario leer los demás. No se trataba de las lecturas, ni de libros largos ni de nada, sino de construir un tiempo propio.

Por eso escribo, para sentir que cada día inicio y acabo varias cosas. Así, cada escena es una nueva píldora sanadora, el hecho irrefutable de que el tiempo no es solo un fluir eterno o absurdo.

Un libro construido con varios microcuentos entrelazados, en el que cada partícula aspire a ser el conjunto.

La realidad es una proyección. Ahora el cine es real.

Soñé que había un lugar en donde todos éramos esferas o triángulos. Los triángulos promovían la guerra, eran prácticos y racionales. Mientras tanto, las esferas esperaban que la paz llegara en forma de luz, tejían suéteres blancos y hacían sacrificios. Los triángulos hicieron las ciudades. Las esferas construyeron naves espaciales e inventaron la música. Cuando se encontraban, ocurría algo particular. Producían chispas, emitían llamaradas y se los podía ver a kilómetros a la redonda. Solo de vez en cuando había sangre. Entonces la policía, triángula por supuesto, encarcelaba a los agresores. Lo que normalmente sucedía era que cuando las esferas derramaban lágrimas, los triángulos inventaban una ley que prohibía el llanto. O cuando algún triángulo enloquecía de tanto ángulo agudo, las esferas lo abrazaban hasta que de él solo quedaban los puros costados. Desperté con la idea de un capítulo que jamás terminé de escribir.

Le caí mal desde el primer instante y no era que me importara mucho. El tipo en el bar no tenía idea de lo que estaba diciendo. Simplemente quería dejarle en claro que su opinión me parecía un despropósito. Se le había ocurrido comenzar a hablar de los campesinos.

Mira, le dije mirándole a los ojos, mi abuelo era aymara, trabajaba la tierra y no sabía leer. Tal vez él se haya parecido en algo a lo que tú piensas en cómo debería ser un campesino. Pero pensándolo bien, tampoco creo que hubieras comprendido mucho a mi abuelo. Él era un hombre con muy poca paciencia sabes. Nos hacía levantar a las cinco de la mañana cada día, y

no se podía dialogar mucho con él. Pero eso sí, detectaba a los tipos como vos en menos de un segundo. Yo no sé cómo lo hacía, pero sabía lo que las personas llevaban adentro sin la necesidad de conversar con ellos por horas.

Los demás en la mesa veían la discusión con entusiasmo. Al final solo le dije que antes de juzgar el trabajo del resto lo mejor sería que se pusiera en sus zapatos. Esa noche terminé vomitando en un callejón atrás del bar. Solo recuerdo el olor de las vísceras y el mezcal.

En *Arte duty free*, Hito Steyerl escribe: “La paranoia es la ansiedad causada por la ausencia de información”. Después, me deja pensando en una pregunta que ella misma emite al lector: “¿Qué sentidos, qué órganos desarrollaremos para captar las imágenes invisibles?”.

A veces sentía como si las angustias acumuladas se amontonaran en algún lugar de mi cuerpo. Ahí se arremolinaban y luego me llevaban a un sitio de materia oscura, en donde las leyes no funcionaban de la misma manera que a la luz del día. En ese momento, cuando las ideas más extrañas llegaban hasta mí, era cuando tomaba decisiones. En medio del delirio, sentía que estaba conectado con un lugar profundo en donde se podía ver qué estaba creciendo antes de manifestarse en la realidad, qué brotes estaban por asomarse a la vigilia.

Imagino que varias cosas están sucediendo en este momento. No me refiero al mundo entero o algo así. Sino aquí, ahora, mientras escribo. Alguien, yo, está sentado en una cervecería a las cinco de la tarde, observando una ventana llena de sol por encima de la pantalla de su portátil. Al mismo tiempo, este mismo lugar está ocupado por otras personas, en el mismo instante, en una sobre posición de hechos. Acá, en esta mesa, sigue sentada la universitaria que acababa de irse cuando llegué. También la abogada que anoche bebió sola. Esas temporalidades distintas comparten un espacio, mientras el sol que cae todas las tardes observa a todos quienes estuvieron o estarán sentados frente a la misma ventana.

Desciendo por la pantalla para ver más historias. Con avidez, mis dedos obedecen el ansia de vidas ajenas. Como quien desenvuelve un pergamino, me entero de que mi cuñada no es más mi cuñada y que las acciones de Tesla subieron otra vez. Después veo fotos de gente que no conozco. Me pongo en sus zapatos, en sus lentes, en sus perfiles. Nada nuevo que comentar.

Tomo una fotografía del parque que está a mi lado. Escribo: “tiempo de reflexión”, antes de presionar el ícono que enviará la imagen a esa otra realidad que habitamos.

Uma enrolla el mapa y lo guarda en el auto. Le digo que si avanzamos unos kilómetros más tal vez encontremos señal. El alquiler del vehículo incluía algunos equipos de reparación y, en la parte de atrás, un rollo enorme con un mapa del continente. Era de segunda mano

aunque de gran tamaño, tal vez la copia de algún original remoto. En la parte superior mostraba una marca extraña: América scroll. Tal vez se debía a algún error de imprenta.

Solo lo usamos un par de veces, en las ocasiones que no hubo señal. Entonces no nos quedaba otra que consultar los números de las intersecciones, desvíos y otras nomenclaturas en las carreteras. La presencia de aquel papel enrollado, como un pergamino sin tiempo, nos daba cierta sensación de seguridad.

Un libro para no perderse.

Narro fragmentos de un viaje que en verdad fueron muchos viajes, resumido en uno solo, el de regreso.

Sostengo la botella de agua. Al salir del avión, la imagino sentada. No sé si los cuerpos puedan unirse kilómetros antes de su encuentro. Sin embargo, ahora, caminando hacia donde Uma me espera, aseguraría que las conexiones van más allá de donde los cuerpos se acaban.

Un libro para perderse.

Cordillera

El desierto de Ica cambia de color antes de las siete de la noche. De pronto, las dunas forman un arcoíris con partículas de arena atravesadas por la luz.

Alguien dejó un par de zapatos encima del mostrador. El policía los tomó y preguntó gritando a quién le pertenecían. Los pasajeros se miraron, nadie respondió. Los zapatos eran marca Quechua, estaban cubiertos por una capa de lodo seco. Unos metros más adelante, unos escaladores de montaña parecían no entender lo que pasaba. Yo salí de la oficina de migraciones y vi el lago allá afuera.

Desaguadero es una población fronteriza que no cambia el nombre ni en Bolivia ni en Perú. Sin embargo, al cruzar la frontera, sí cambian el acento, la moneda y la comida. Por lo demás, la historia en común hace que ambas poblaciones se parezcan más de lo que suelen aceptar.

Estaríamos a unos diez grados bajo cero. Pero la sensación era agradable. Quizás por el té con singani que veníamos tomando desde que abandonamos Cusco. Ver el paisaje allá afuera y jugar con las formas del vaho saliendo del cuerpo, era como volver a ser niño.

Imagino el primer ángulo donde la tierra se eleva y comienza la loma que después ascenderá hasta convertirse en montaña. Quebrada. Valle. Abismo. Intento vislumbrar ese sitio allá por el sur, donde está el estrecho que conecta con la otra mitad del mundo.

Levanto la mirada hacia la cumbre nevada que tenemos delante. Allí solo viven aves, pienso. Antes de inventar las aeronaves, sería el lugar más alto al que podíamos llegar. Un Everest. Dos Everest. Tres Everest. Voy contando hasta que el nombre se me hace absurdo.

Pronuncio con nombre propio: Chimborazo. Illimani. Cotopaxi. Illampu. Huila. Aconcagua.

Conocí a algunas personas. Cada una llevaba mil historias. Algún día escribiré acerca de las calles y sus habitantes. Cerca al trópico hablé con J. Jairo, Davinia me habló de la crisis en Venezuela y caminé al lado de Milton por cuatro kilómetros para terminar de oír la historia de los panes azules, que fueron repartidos con el lema de un líder sindical.

Oímos gritos de familias insatisfechas por todas partes, exigiendo una vida digna, marchando por acceso a más recursos. No importaba la frontera ni el idioma, ese hecho atravesó de sur a norte como una afilada espada, una constante que, hasta entonces, era

desconocida para nosotros. A veces creíamos que se trataba de la misma manifestación repetida una y otra vez. Las protestas frente a la Obelisco en Buenos Aires, las juntas vecinales de El Alto, los disturbios en el norte de Chile, la minga en gran parte de Colombia. Era parte de la misma búsqueda humana: justicia, lo que eso signifique.

Jairo amanece a las cinco, revisa que sus zapatos sigan en el mismo lugar donde los dejó la noche anterior. Se levanta con optimismo y sale a vender tapetes a los suburbios del norte, donde las personas a veces están tan aburridas que compran cosas que no saben que necesitan.

Hay verdes, naranjas y amarillos, les dice Jairo para que ellos decidan cuál les gusta más.

Entra a casas con salones atiborrados de óleos y vajillas finas. Despliega los tapetes, uno a uno, sobre mesas de roble, siempre con una sonrisa. El precio al que compra cada tapete le permite sacar una ganancia favorable. Piensa que si un tapete valía, por ejemplo, cien pesos y luego lo vende en ciento ochenta, ha hecho el negocio de su vida, lo cual es cierto, porque Jairo nunca imaginó que podría ganar dinero solamente caminando incontables kilómetros en barrios de ensueño.

Voy a mostrarle más la próxima semana, le dice a la mujer de cincuenta años que lo recibió esta mañana en su comedor.

Ella se entusiasma con el anuncio, aunque sabe que, si regresa, lo más probable es que ya no le compre ningún tapete, o que simplemente no le abra la puerta.

Cuando enrolla los productos, tiene el suficiente cuidado para que no queden las puntas afuera ni el amarrado quede demasiado débil. Los mete en una canasta de mimbre y se coloca una cinta al hombro. A veces se va silbando por la calle mientras grita que grita.

Tiene la secreta confianza de que la venta es mejor cuando está feliz. Lo que suele ser cierto. Cuando llueve, se mete debajo del alerón de alguna mansión y espera a que escampe. Mientras observa caer el agua, proyecta en su imaginación una enorme tienda de alfombras, un negocio de muebles y hasta una importadora de telas.

Por ahora, su preocupación más agobiante es llegar a la casa de su novia para almorzar. Quiere llevarle dos bolsas de café y varias piezas de pan con lo que le dieron las ventas del día.

En Tacna comimos anticuchos de corazón con sabor a ceniza.

Nos quedamos varados en Arica. Uma y yo habíamos estado antes en otros bloqueos pero este era diferente. Varios kilómetros de carretera estaban cubiertos por camiones sin conductor, diagonales, abandonados, que impedían el paso a cualquier vehículo. Cada cierta distancia, en los puestos de comida, se veía a los conductores conversando, alguien de la prensa cubriendo la protesta o a los habitantes del lugar.

Hace frío, me dijo Uma

El nevado Parinacota estaba a un costado exhalando un aire limpio. Decidimos regresar después del mediodía, luego de comer un estofado, bebernos dos cervezas y darnos cuenta de que otra noche en el camino sería muy costosa.

Cogimos en el auto en medio del desierto esperando que alguien nos avisara que, mientras cabalgábamos sin recelo, el bloqueo había terminado. Los vidrios se empañaron y seguimos el camino de regreso.

Qué mar esquivo, me dijo Uma

Habíamos intentado ir una vez antes. No llegamos por la repentina enfermedad de su abuelo. Uma no conocía ninguna playa. Yo había ido algunas veces pero no me parecía demasiada cosa, le dije, además del agua salada que cura toda melancolía siempre he preferido el caudal irrefrenable de los ríos.

Iremos otro rato, le respondí.

Las horas en medio de la pampa fueron el mejor pretexto para conversar. Fue la primera vez que hablamos durante horas.

A primera vista, algunas montañas parecen iguales. No lo son. Imagino que por dentro tampoco son iguales. Unas guardan los minerales más valiosos y otras solo tienen cavernas eternas donde sería fácil extraviarse. Lo que más me impresionó, fueron los nevados. Simplemente era imposible no sentir tu propia humanidad cuando tenías enfrente esas inmensas moles cubiertas de hielo, protegidas por nubes altísimas.

No lo sabía, pero muchas de ellas, eran volcanes.

Milton camina siempre con la mirada en alto, porque cuando tenía cinco años aprendió que la única forma de vivir era trabajando, despertando a las cinco, comiendo lo que hubiera, sin quejarse. Saluda siempre. Conoce las impredecibles estaciones climáticas de las grandes ciudades. También sabe muy bien que en cualquier esquina puede esconderse un asesino. Porque cuando tenía catorce años mataron a su primera novia para robarle la ganancia del día, para eso y para violarla. La lloró tanto como lloró años después a su madre.

Se considera a sí mismo un sobreviviente. Por eso camina con la mirada atenta y la lengua lista para todas las respuestas. Cuando comenzó a vender inciensos se dio cuenta de que atraía más clientes si contaba historias y, mucho antes de mencionar cualquier producto, hacía chistes o narraba cómo había llegado a la capital. A medida que la multitud crecía, iba soltando más anécdotas. Hasta que finalmente, cuando el público estaba encandilado por su espectáculo, repartía algo, no importaba qué, un chocolate, una camiseta, lo que sea que pudiera servir a los espectadores y que no costara demasiado.

Comenzó a improvisar más historias. Pero su vida no era lo suficientemente interesante para los transeúntes. O tal vez él no la sabía contar de forma atractiva. Fue entonces que comenzó a darse cuenta de la importancia de las formas, de los pliegues superficiales que trae consigo la civilización, de que en los detalles estaba el fondo. Así que comenzó a maquillar ligeramente su vida.

Su llegada a la capital en bus se convirtió en un periplo un poco más largo, obstaculizado por caminos sinuosos y viajes inverosímiles a lomo de todo tipo de animales. Viajes que, por otra parte, habrá que decirlo, ocurren por millones a diario en el continente. Aprendió a cautivar la emoción de las personas antes que su intelecto. Se dio cuenta de que las ganancias del día, por lo tanto el alimento y su calidad de vida, dependían de la calidad de esas historias.

Por eso caminaba con la frente hacia el sol, seguro de sí mismo, luego de haber atravesado épocas duras y otras más duras. Ahora que estaba a punto de nacer su primer hijo, me dijo, lo que más deseaba era enseñarle algo de todo lo que había aprendido. El día que conversamos no importaba ni su ropa ni el estado de sus zapatos. A tres cuadras del hospital, lo más importante era sentir el primer contacto, alzarlo en brazos, darle un beso a ella. Y, solo después de haberle contado que ese día había ganado más dinero que cualquier otro día del año, elegir el nombre.

Todavía tenía metida en la cabeza la cumbia que sonaba en el bus. Los alemanes le llaman *ohrwurm*, o un “gusano de oreja”. Serían las seis de la mañana. Habíamos partido la noche anterior. Las calles de Moquegua estaban llenas de vendedores. Conversamos con ellos acerca de los precios de la ropa de invierno. También les preguntamos dónde sería mejor comprar cosas para el viaje como carpas o bolsas de dormir.

Tengo las manos frías, me dijo Uma

Ese era nuestro tercer viaje. Ella no disfrutaba los trayectos largos así que decidimos ir parando cada vez que pudiéramos.

Yo seguía con la melodía de cumbia cuando ella me pidió los guantes.

Se los puso y me cubrió las manos.

Lima: A mil.

Había mucha gente a la que le importaban más nuestro aspecto, nuestro acento y los rasgos de las caras antes que cualquier atisbo de calidad humana. Eso podía variar en un mismo día. De pronto estábamos en un bar portuario contando monedas para ver si nos alcanzaba para otra noche, comida y cervezas, como al día siguiente Uma recibía una invitación para un congreso. Así nos fuimos desde el sur hasta el norte.

Caminar juntos, hablar mucho.

Tal vez amar.

Atravesamos la cordillera llevando encima sueños incumplidos y alguno que otro fantasma. Cuando nos deteníamos a conversar con la gente, solíamos tener la extraña sensación de que éramos nosotros mismos, en otro tiempo, en otro espacio.

Lo que nunca pasó desapercibido fue el darnos cuenta, cada vez con más fuerza, de que éramos más parecidos de lo que pensábamos. ¿Por qué teníamos ese imaginario de fronteras radicales si en los hechos éramos un territorio con más cosas en común que diferencias? ¿De dónde venía esa falsa percepción de ser países, repúblicas, pueblos divididos por muros invisibles?

Montañas como murallas. Montañas como puentes. Repetirlo, una y mil veces, la cordillera de los Andes es la columna vertebral de un continente escindido.

Decidimos viajar para sentirnos menos vulnerables. Pero afuera, el sistema seguía controlando nuestros movimientos, nuestros pasos en cada frontera, como si le importáramos, vigilando a quienes no se quedaban quietos.

Somos motas de polvo atrapadas por un reloj, pensé.

Somos dos gotas perecederas, me dijo Uma

Avanzamos por el riesgo de desaparecer si nos quedamos atrapados en el mismo sitio.

Ciudades inmensas: la falsa certidumbre de que una es distinta a otra.

En Mollendo visitamos haciendas que parecían fuera de este mundo. Santa Cruz es como Lima pero sin mar. El mar es el mismo siempre, es lo que nos une y nos envuelve, es el aura de la cordillera. El primero es energía almacenada y el segundo es su sistema eléctrico.

El continente es uno solo, pese a los acentos, pese a las marcas de(1) lenguaje.

El continente se expande a los costados de la cordillera. A un lado están las costas del Pacífico con olor a sal y hierro oxidado. Al otro, la interminable Amazonía con un suelo más profundo que el noveno círculo.

Ahí está Brasil, esperando por nosotros. Estamos aprendiendo portugués aunque también deseamos que ellos entiendan castellano.

Vimos a los muertos. No eran víctimas de los disturbios. Se trataba de una enfermedad. Una bacteria en el agua. De la noche a la mañana los habitantes del poblado habían comenzado a tener los mismos síntomas. Diarrea, vómitos y un lento desangramiento interno. Los colocaron uno al lado del otro, encima de una explanada verde. Estaban desnudos y se podía ver que ninguno superaba los veinte años.

¿Por qué les dio solo a los niños?, preguntó Uma

Los adultos están adentro, le respondió uno de los comunarios.

Serían como trece. Ninguno tenía los ojos cerrados. El cielo estaba despejado. Después de unos minutos los subieron a la parte trasera de una camioneta. Se los llevaron cubiertos por un plástico negro que no alcanzaba a cubrirles los pies.

Nos quedamos cuatro días más. Hubo bailes, veladas y música. Logré memorizar los trece nombres: Esteban, Jazmín, Rubén, Ernesto, Daniel, Irene, Mirta, Augusta, Selene, Helen, Carlos, José Luis y José Carlos.

Las palabras tienen oídos. Y puertas. A veces dejan salir sentidos. No comunican lo mismo a todos. Son como países o continentes que abren y cierran sus fronteras. Son como naves que contienen, que contienen, que contienen.

Un libro al azar, que cada día posea un orden diferente.

Al amanecer, debido al bloqueo de fronteras, decidimos atravesar el lago en bote. El motor hacía demasiado ruido. Miramos hacia las dos orillas. De un lado, el país oceánico, del otro, la cuna de todas las sangres. Al llegar a las islas, bebimos sopa de pescado, escuchamos varios idiomas. Alguien comenzó a contar la broma de los peces que nadan a contracorriente.

O el libro tarot, que permita abrirse en cualquiera de sus páginas, donde tal vez aguarde la historia indicada.

El lago es un mar en otro tiempo, leo anotado en un borde.

En el norte de Potosí conocimos comunidades que se ocultan del altiplano. Ahí llegamos a lomo de caballo. Éramos cinco los que debíamos participar en la reunión de proyectos sociales. El que iba atrás tenía dolor de espalda. Soportó las primeras horas pero después se quedó en una comunidad hasta que llegara el *jeep* que, según dijeron, no tardaría.

“La cordillera es la espina dorsal del continente, pero todavía tiene vértebras adoloridas, desviaciones incorregibles y alguno que otro punto bloqueado”, escribí al llegar. Hoy añadiría: “Sin embargo, la columna vertebral cumple su función a cabalidad: distribuir la energía hacia todos los órganos”.

Veo la montaña desde la base, mientras comienzo a escalar. Pido permiso. Al día siguiente veré esa misma elevación desde la ventanilla de un Boeing 747 de pasajeros cuando se acerque al Atlántico. La sensación, claro, no será la misma.

Cada vez que salíamos de un país, sentíamos la misma nostalgia. Comprendimos el significado de la palabra *saudade* que no es nostalgia ni melancolía. Significa abandonar Brasil por primera vez, eso y nada más.

La presencia de la cordillera se siente hacia el occidente incluso cuando la selva del Amazonas nos recibe húmeda y cálida.

Rayos «Z»

Estoy harta de las promociones, me dijo riendo.

Caminamos por el pasillo de las carnes. Vimos los filetes envueltos en plásticos transparentes. Las frutas frescas no estaban en oferta.

Nunca sé qué pensar, siguió. Si yo quiero comprar una sandía, por qué tengo que venir hasta acá para terminar comprando otra cosa. Y las carnes, las ponen en rebaja cuando comienzan a oler mal, las cortan en pedacitos para que no se note. Yo me pregunto si el animal habrá sufrido, siguió diciendo, si alguno habrá intentado huir y tuvieron que perseguirlo por la fábrica. Tal vez al agarrarlo, él se defendió y tuvieron que dispararle. Y luego alguien ordena que vaya a la sección de ofertas, dijo.

La muchacha en la caja se pintaba las uñas. Siempre pasaba así a esa hora, cuando los clientes estaban en sus oficinas. Una tomó un pollo deshuesado y lo metió al carrito. Fuimos a la sección de licores y tomamos unos paquetes de cerveza.

Y qué me dices de los puntos por cada compra, ¿en verdad creen que esto es un puto juego? Nos hacen participar en cada cosa ridícula y sin preguntarnos. Luego nos sonrían y esperan que les sigamos la corriente.

Su voz se hacía cada vez más fuerte. Pensé en decirle que no gritara pero lo que decía era interesante. La noche anterior habíamos estado despiertos hasta tarde. Tal vez el efecto del alcohol todavía le duraba.

Yo tenía mucha sed. Quería salir del supermercado, tomar aire fresco y beber agua. Vi nuestro carrito, estaba algo vacío. Un pollo a medio morir, algunas papas, verduras y arroz. El resto era cerveza y lo que se nos ocurriera en el camino hasta la caja.

Una pagó, la vi sonreír. Nos conocíamos hacía un tiempo y recién me estaba dando cuenta de que no siempre estaba de acuerdo con lo que decía.

Pero siempre teníamos de qué conversar.

A veces nos comunicábamos sin hablar. Ella decía algo y yo le respondía solo en mi mente, o eso me parecía. También pasaba que yo no decía nada y ella preguntaba ¿Qué? Nos gustaba ese juego de las equivocaciones. Algunas veces lográbamos transmitir alguna idea divertida.

Si conociéramos todas las formas de ver un vaso dejaríamos de ver el vaso. Lo veríamos como un objeto sin forma, al derecho y al revés, luego con la base por los costados y el agujero cubierto. Al verlo desde todos los ángulos posibles, el vaso se convertiría en el universo, amplio y sereno. Se cubriría de luces y oscuridades. Lo veríamos también de día y de noche, desde todas las luces. En su amplitud, el vaso dejaría de ser por un momento un vaso para convertirse en los ojos que lo miran, multiplicados al vacío.

Cuando discutíamos acerca de algo intentábamos cubrir la mayor cantidad de puntos de vista. Pero nosotros éramos solo dos y las cosas suelen tener más de dos puntos de vista. A veces alguno sorprendía al otro defendiendo un argumento con el que acababa de estar en contra. Entonces nos reíamos y buscábamos otra cosa que hacer.

Nuestras vacaciones se habían arruinado porque un temporal llegó. Las sombrillas volaron, los bañistas desaparecieron y una ballena gris fue arrastrada hasta la costa cercana. La noche que hubo tormenta eléctrica cerramos las ventanas pero de todas maneras se veían los rayos que aparecían unos segundos por toda la casa, mostrando nuestros cuerpos fundidos sobre la cama.

Cuando finalmente pasó el temporal, no imaginábamos que el calor sería tan sofocante. En la televisión dijeron que se había batido un récord de más de cuarenta años. Esa tarde alistamos todo, pero antes de salir Uma recibió una llamada de su madre.

Su abuelo estaba otra vez enfermo y debían llevarlo al hospital. Yo solo oía la voz al otro lado de la línea como un sonido mezclado por la interferencia.

Tampoco fuimos esa tarde pero en cambio inventamos un juego de cartas en el que cada uno intentaba adivinar cuando el otro mentía; quien perdía se llevaba los números altos. Ganaba el primero en sumar menos de diez entre sus naipes. Las reglas no quedaron bien definidas porque nos dimos cuenta de que era casi imposible saber cuándo alguien miente. Por eso inventamos los rayos “z”.

El diamante es valioso porque permite ver un mismo objeto desde diversos ángulos al mismo tiempo. Divide la luz y la realidad, con algunas distorsiones, pero aumentando la capacidad de visión.

El mal está en los huesos, dijo el doctor en la TV.

La imagen mostraba unas líneas blancas con códigos y números alrededor. En la pantalla, el actor elevó la radiografía. Después la colocó sobre una luz mortecina.

Era extraño ver el interior del cuerpo humano de ese modo.

Cámbiale, me dijo Uma.

La tecnología láser por detección de luz permite observar estructuras que han permanecido ocultas por mucho tiempo. Puede atravesar el agua del mar y las frondosas capas de los árboles. Puede escanear desde un helicóptero un área de cientos de kilómetros y después, con un software especial, hacer un mapa en tres dimensiones.

Hace poco descubrieron una ciudad maya con más de cincuenta mil construcciones entre pirámides, avenidas y viviendas. Algunos científicos aseguran que cuando se descubra lo que guardan los monumentos antiguos, la historia cambiará para siempre.

A veces trato de ver mi interior como si tuviera ese mismo aparato en la mente. Intento revisar hasta la última capa. Busco en el pasado, suelo tras suelo, hasta llegar al centro de algo.

Los rayos “z” también serían un modo de explorar en nuestra propia mente, en las raíces de lo que somos. Mientras inventamos esa tecnología, la que nos deje ver con claridad

el momento justo de nuestro nacimiento, pienso que tal vez ya existe en nosotros, solo que anda oculta.

Salimos sin saber adónde íbamos. La tormenta había sido fuerte. Estaban anunciando varios conciertos por el inicio del verano. Después de ver los sitios de cada evento, decidimos que lo mejor sería elegir en el camino.

El cielo cambia de color a esta hora, me dijo mientras atravesábamos el camino.

El cielo se iba destiñendo en dorados y violetas. Los inmensos campos de uvas crecían hasta donde nace la montaña. Una iba manejando. La vi hacer un giro extraño en una de las entradas del camino. Recorrimos un poblado por donde nunca antes habíamos pasado.

Detuvimos el auto en una construcción antigua. Ahí nos bajamos, cerramos las puertas del carro al mismo tiempo. Ella se quedó observando una inmensa puerta de madera, con bordes metálicos y las grietas causadas por el tiempo.

Aquí fue, me dijo.

No le pregunté por qué se le había ocurrido pasar por ahí justo ahora. Seguimos hacia la ciudad. Esa noche escuchamos un par de canciones en el concierto.

Por la tarde le había preguntado quién había sido su primer novio, más que nada para conversar acerca de algo.

Le conté de mis primeras relaciones, de las que duraron más tiempo. Sin darme cuenta le di un informe completo de mi pasado amoroso. Sin embargo, ella no pasó del primer novio. No entiendo qué pudo haber sido tan terrible.

Quería preguntarle pero había algo que me lo impedía. A pesar del silencio, a pesar de que luego hablamos mucho, sentía que el tema era delicado.

Tal vez, simplemente, había sido una buena experiencia, un recuerdo que a veces regresaba y se instalaba en ella por un tiempo. Al día siguiente todo volvió a la normalidad y no volvimos a hablar de la casa con la puerta agrietada.

Los rayos “z” también podrían funcionar como una cámara desde el inicio de los tiempos. Ubicada en todos los rincones, hacia adentro y hacia afuera, sería como una memoria colectiva.

Me fui. Las casas parecían vacías. Adentro tal vez estaban las familias reunidas. No lo sé, el caso es que salí y dejé la puerta abierta. El vecindario estaba a treinta minutos del centro de la ciudad. Ella se había quedado adentro.

Deja la puerta abierta, fue lo último que escuché.

Podría haberme quedado, abrazarla hasta que se le pasara. Pero no. Esta vez sentí algo en su voz que me movió. Le solté la mano y caminé hasta donde estoy ahora.

Estuvimos en la casa como cuatro semanas, la rentamos entre los dos para pasar las vacaciones. Al principio nos la pasábamos desnudos en la cama hasta las nueve. Después cocinábamos juntos y tardábamos en comer casi dos horas. Las tardes eran para salir. Subíamos al auto y dábamos vueltas hasta encontrar un buen teatro, alguna cafetería o un bar.

Siempre decíamos que íbamos a ir a la playa. Pero nunca fuimos. Las cuatro semanas pasaron rápido. Lo que más hicimos fue hablar. Hablar y follar. Contarnos cosas del pasado y del futuro, como si ambos tiempos fueran igual de narrables. Supimos cosas de nuestra infancia que nadie más conocía.

La discusión de la mañana fue porque yo quería regresar a la ciudad. No lo quería decir pero estábamos siendo sinceros.

Me siento encerrado, le dije y ella cambió la expresión de su rostro. Después me pidió que saliera de la casa.

Fue una mañana cuando me di cuenta de que no sabía nada. Que mi cuerpo era lo único seguro a donde aferrarme. Sucedió de improviso. Estaba caminando por la avenida cuando de pronto todo pareció volverse transparente. Las personas, los vehículos y los puestos de comercio se hicieron irreales, como en una inmensa escenografía. Si bien entendía los significados de cada letrero, aunque me daba cuenta de quién era, dónde estaba y qué hacía, lo que en verdad pasaba es que por fin me había dado cuenta de que estaba completamente vacío.

No se trataba de la resaca. Porque la noche anterior había sido infernal. Era algo distinto. Tuve ganas de llorar. Todo era nuevo, cada cosa poseía un nuevo significado, es decir, lo que antes era un semáforo, seguía siendo un semáforo, pero ahora era un objeto maravilloso que parecía haber estado allí desde siempre. Ocupaba su lugar de una forma tan natural que nadie podría haber dicho que se trataba de un error. Lo mismo sucedía con las vidrieras, los peatones y los hidrantes. Cada elemento poseía una luz nueva que nunca antes había percibido.

Al mismo tiempo, me daba cuenta de que en realidad no sabía nada. Que todas mis certezas estaban fundamentadas en algo que ahora mismo parecía no tener la menor importancia. Entré en un mercado y saludé a la vendedora de café. Me respondió con alegría y me ofreció un sándwich. Después fui hacia los despachos de frutas y los trabajadores parecían estar particularmente felices.

Por primera vez no me interesaba el lenguaje de mis pensamientos. Me dediqué a percibir, a sentir el fluido de los movimientos. Escuché el motor de un auto que arrancaba en ese mismo instante. Intenté diferenciar algunas de las palabras que pronunciaban en la puerta del mercado. En medio del mar de gritos, podía escuchar a las personas que estaban más cerca. Una decía “será hoy” y otra le respondía “a las nueve”. El olor del café seguía circulando por

los pasillos, entre los aromas de flores, frutas y verduras frescas. Alguien me despertó para decirme que iban a abrir otra puerta.

Esa misma noche, cuando regresé, encontré la casa en penumbras. Ella se había quedado dormida en el sillón. Tenía un libro entre las manos. La cubrí con una manta azul, parecía que iba llover pero no llovió.

Al día siguiente nos fuimos a la ciudad.

¿Qué pasaría si, como en algunas listas de reproducción, hubiera la opción de un orden aleatorio en la vida? Qué pasaría si pudiéramos vivir de adelante para atrás y luego ir pasando los días en forma azarosa. Un día en la graduación de algún nieto y al día siguiente cayéndonos del columpio en el jardín. Reordenar los dolores, los amores, las experiencias y las heridas. Sería una vida más entretenida, lúdica, si todavía no lo es.

Los rayos “z” también pueden desordenar el tiempo, me dijo Uma en el tren de regreso. Si quieres contarme algo que pasará en el futuro, se vale.

Los árboles pasaban con velocidad afuera de la ventanilla. En el vagón solo estábamos una pareja de ancianos, un estudiante libanés, ella y yo.

Si lo prefieres, siguió explicando, puedes hacer que este tren vaya para atrás. Entonces volveríamos a estar en la casa, me dijo.

Yo la escuchaba entretenido. Me parecía que eso era precisamente lo que estábamos haciendo desde hace un tiempo.

Pero esto es el presente, le dije y ella frunció el ceño.

No, esto es el futuro, me respondió.

Uma pensó por un momento y después me dijo que la idea de los rayos “z” era para dejar de mentir, que solo podían cambiar el orden del tiempo si eso servía para encontrar alguna verdad en el pasado.

Estoy de acuerdo, le dije, justo cuando el tren llegaba a la estación.

Aeronave

Avanzo hacia el detector de metales. Alguien revisa mi pasaporte y luego escanea mi cuerpo. Se enciende una luz roja. Conducen a la persona que iba delante de mí en la fila a una habitación. La veo desaparecer por la puerta. Me dirijo hacia la aeronave.

Una vez fui a Buenos Aires para trabajar como iluminador en un teatro independiente. El acuerdo incluía vivir en una habitación atrás del escenario. A veces la utilizaban para residencias artísticas, proyectos culturales y esas cosas.

Buenos Aires tiene otras ciudades dentro. Una de ellas es la ciudad de los actores. Se odian y adoran a la vez. Un auditorio lleno en la avenida Corrientes puede significar el inicio o el final de muchas relaciones.

Pero el teatro donde yo trabajaba no estaba en la avenida Corrientes. Quedaba en la Boca, por Caminito. No era un okupa, pero casi. Digamos que aquel teatro tenía un tipo especial de ocupantes, seres fantasmales que cantaban *Cambalache* hasta el amanecer, damas

vestidas de gala como hacía siglos, sentadas en primera fila. Aunque eso yo nunca lo vi. Me lo contó la mujer que dormía al lado del depósito.

A veces se oyen cosas raras, me dijo con un acento añejo y húmedo.

No le creí.

Sentía que los fantasmas éramos nosotros, refugiados en el asunto del teatro, las luces y las representaciones. De ese modo podíamos decir a cada minuto: Aquí estoy, ¿me pueden ver? Luego el público lanzaba tres o cuatro aplausos y yo encendía las luces cenitales.

Sentía que con esas luces podía divinizar por un minuto a los actores. El público nos hacía creer que estábamos vivos. Era una comedia, una ficción, o eso me decía al bajar los interruptores.

Estoy en la cafetería. Me quedo en silencio. Los pasajeros hablan. Cada voz es única, pienso. Irremplazable. Algunas voces son más fuertes, melódicas, templadas. Pero ninguna es mejor que la otra. Cada voz es un mundo, me digo. Pido la cuenta y formamos el murmullo.

Veo los letreros iluminados. *Duty free*. Baños. Mujeres. Hombres. *Exit*.

Veo en un documental que en las afueras de Madrid todavía hay castillos con torres de piedra y puentes levadizos. Antes cavaban zanjas alrededor, las llenaban con animales para que nadie no-deseado ingresara. Si se acercaban demasiado, lanzaban bolas de fuego, o flechas.

Los aeropuertos son como castillos, me digo.

Sistemas de control como zanjas inmensas.

La frontera entre el primer y el tercer mundo ahora no es solo física. Es virtual, pienso. Somos una suma de datos. Una luz verde o una luz roja. Creemos que nos ven a nosotros pero solo ven números y, a través de ellos, un resumen de nuestra vida.

Atravesar una frontera como ir del dormitorio a la sala. Abrir la ventana. Respirar aire fresco. Y dejar algo olvidado.

Regresar.

A veces olvido cerrar las puertas.

Una vez encontré una envoltura en mi bolsillo, decía *Made in China*.

Otra vez vi a alguien de mi barrio de La Paz en el aeropuerto de Frankfurt. Me saludó, lo saludé. Entre tantos idiomas y filas solo atinamos a intercambiar una sonrisa boliviana.

La aeronave es el cuerpo.

Un libro que pueda volar junto a otros libros aéreos.

La forma del avión es predecible. Alguna vez esas alas, nariz y cola fueron el símbolo del futuro, una forma que parecía ser una obra de arte, como si alguien hubiera montado una exposición en el cielo. Móvil. Peligrosa. Hoy al ver los aviones moviéndose por la pista parecen animales buscando comida. Algunos se van, tosen, otros avanzan hacia sus cuevas. Ninguno parece inofensivo.

De fondo, Nina Simone canta: “*It’s a new dawn, it’s a new day, it’s a new life*”. Esto lo escribo desde Bogotá. No sé qué decir. “*Un nuevo amanecer, un nuevo día, una nueva vida... And Im feeling good*”.

Me hago dos huevos revueltos. El café está caliente. El desayuno tiene algo de automático. No importa dónde me encuentre. Es invariable. El momento luego de levantarse, cuando uno es solo un cuerpo, una maquinaria. Después vienen las llamadas, el trabajo o la angustia de darnos cuenta de que, pese a las llamadas y el trabajo, no sabemos quiénes somos.

Dejo la yema líquida. La veo por un momento antes de hacerla desaparecer con un pedazo de pan.

En mi maleta guardo un libro pasajero.

Cuando tenía once escuché a Alanis Morrissette. Creo que por primera vez escuchaba a una mujer que cantaba acerca de su propia libertad, en primera persona. Crecí con esa imagen incorporada gracias a *Jagged Little pill*.

Antes de despegar, en un asiento del fondo, un hombre se ahoga. Está a seis filas de mí. Veo a las azafatas. Le llevan un vaso de agua y le dan una píldora. El hombre se calma. Le preguntan si desea continuar. Él dice que sí.

En todos los países me preguntaron por Evo Morales. Era como una muletilla cuando se terminaba el tema de conversación.

Lobo. En el bosque he roto una cadena.

Hay un manual para activar el tercer ojo que no está en el cuerpo. Tal vez sea un signo de nuestros tiempos, la reconstrucción espiritual o el cambio de eje. Dejar de ser animales racionales, solamente, para convertirse en animales, a secas. Un poquito diferentes a los animales de verdad, que matan y viven, controlados por los ciclos naturales.

Los humanos seríamos animales pacíficos, conectados con alguna matriz luminosa, respetuosos de la vida. O así lo imagino mientras converso con una artista del circo que ayer llegó a La Paz.

Dicen que los dos hemisferios del cerebro pueden estar unidos, dejar de pensar por separado y alcanzar un equilibrio entre ciencia e instinto.

En el metro de París veo un grupo que toca música andina. Les miro a los ojos. Intento reconocerme, saludarles. Pasan de largo y suenan las zampoñas.

El Yo es un agujero negro. En su interior viven los otros, varios pronombres, las frases no dichas. A veces no hay verbos.

Atravesar un umbral. Notar que uno siempre es el otro. Eso de *Yo es otro*. A veces creo que lo normal no existe, existen las normas, lo normado. Aquello que apura el paso hasta llegar a la fila.

A veces creo que el Yo tampoco existe.

Hay un cuerpo, un lugar de enunciación, una mirada, desde ahí podemos pronunciar todas las palabras.

En verdad no tengo nada, ni siquiera la botella de agua. El único viaje es la escritura.

Somos dos. Escuché la canción en un bar de Santa Cruz, y todo se aclaró. Hay un momento en que el uno, el yo, es dos, y solo hay dos a través del uno. Lo demás son travesuras del miedo.

Viajar para sentirse dentro de la tierra. Escribir para salir de ella. El movimiento doble.
Avanzar para estar en la madre, quedarse para esperar al padre.

En el poemario *Ítaca*, Blanca Wietüchter reinventa la historia de *La Odisea*. Esta vez el personaje principal, el héroe o –mejor dicho– la heroína, es Penélope. El giro final podría resumir la operación que hace la poeta. Al final, Penélope ya no espera.

Hay otro eje importante en el libro: el tejido. Escribir como tejer, tejer como vivir. Estar en medio de una frase e intentar que tenga vida es parecido a obrar mediante hilos. Las hebras no tendrían que difuminarse más de lo necesario.

¿Escribía Penélope el destino de Ulises con sus dedos pacientes?

Asimismo, la escritura sería capaz de definir los caminos futuros. La ficción tejiendo la realidad y no al revés.

Lo sedentario es mirar a las instituciones, creer que los edificios con ventanas negras, aquellas que no dejan mirar hacia adentro, son seres vivos. Viajar, en cambio, es mirar a las personas, sus rostros. Saberse una de ellas.

La Haya: un cuadro muy antiguo pintado en una clase de medicina muy antigua.

Caminé hasta donde estaba el policía. Su rostro tenía la misma expresión. Le pregunté dónde estaban las oficinas de la aerolínea. Fui sin apurar el paso. Llevaba nueve horas en el aeropuerto, ese territorio sin bandera ni lenguaje propio. El sueño de los años sesenta que hoy era posible gracias al símbolo del capitalismo. Un lugar donde se encuentran personas de todo el mundo y, al mismo tiempo, el lugar con más control y vigilancia.

Pregunté si podía cambiar mi destino. Me explicaron que los vuelos estaban llenos. Había la posibilidad de conseguir un asiento a Caracas en la siguiente hora, pero no era seguro.

Quiero cancelar el viaje, le dije al fin a la encargada. No lo pensé demasiado pero ya había tenido suficiente.

Me miró sin cambiar su expresión. Le dije que no quería quedarme más horas en el mismo lugar. Que si podían vender el boleto a otra persona estaba bien, sino tampoco pasaba nada.

Me llevaron a un salón Vip sin cobro extra. No quise entrar. Me preguntaron más de una vez si me sentía bien, o si quería ser atendido por un médico.

Solo quiero salir del aeropuerto, les respondí.

Lima es una ciudad gris como todas las capitales. Afuera sentí el olor a pescado del puerto. La humedad del mar como una entrepierna. Pensé en todas las veces que se había hablado del mar en Bolivia durante los últimos días. Por más que intentaba, no recordaba a

nadie que hubiera mencionado el pescado, aquel olor irrefrenable, como un extraño símbolo de libertad.

Tomé un taxi.

Afuera es adentro pero a veces afuera solo es afuera.

Estábamos desnudos. Ninguno quería buscar su ropa. Mi vuelo, su vuelo, nuestro vuelo, no salía al mismo tiempo.

Atravieso el umbral. Busco mi próximo destino. La luz roja se enciende.

Séptima

«Crecí en un lugar donde siempre había la posibilidad de morir», podría ser una buena frase de inicio. Pero no dice nada. Además la vida no está asegurada en ninguna parte. «El peligro puede crear adicción», funciona mejor. También es verdadera.

Sin darme cuenta, no importaba donde estuviera, después de caminar durante horas, solía acercarme a los lugares más peligrosos. No pasaba seguido, pero sí con cierta frecuencia, era como regresar a un lugar de origen.

En Bogotá, esa sensación la encontré en el sur, en los barrios que se acercan a la cordillera y en algunas avenidas del centro. Cuando sucedía, era como volver a casa. Entonces caminaba y sin variación terminaba en ese sitio tan propio de Latinoamérica: el barrio donde todos se conocen pero ya nadie confía en nadie.

La avenida Séptima podría ser un resumen de la ciudad, entre ellas, el barrio al que siempre vuelvo.

Está ciega. La mujer que vende cigarros está ciega. Camina de un lado a otro. Se nota que conoce los ritmos de la avenida. A su lado, dos niñas juegan a las escondidas.

Quiero comprarle unos cigarros pero el mal clima y la contaminación han creado un agujero negro en mi garganta.

Lo que importa son las personas. El desorden no importa. Lo que importa es tener diez mil pesos, comer pan y beber aguardiente. Terminar cada día sintiendo que se cumplió la meta de tener esos diez mil pesos. El ruido no importa. El desdén no importa. Vender tres cables para celular, un cargador y piedras de colores, eso importa. Que a tus hijos no les suene la barriga, porque ese sonido es más fuerte que la avenida entera.

El olor a canela inunda el aire.

Si la ciudad fuera un cuerpo, la Séptima sería la yugular que conecta la cabeza con el corazón. La sección peatonal inicia en la plaza de Bolívar y termina en el centro de las oficinas bancarias. O al revés, comienza en la cabeza e intenta llegar a un corazón que no encuentra, porque la cordillera de los Andes –sistema nervioso, primer y último chakra– aguarda hacia el oeste.

ríos de personas que atraviesan quebradas y desembocan en otros afluentes más amplios en la Séptima suena al chasquido que producen los peces al mover las piedras en el fondo un murmullo se agolpa en los oídos a medida que se avanza hasta una de sus esquinas concurridas veo redes que atrapan grupos de veinte o cincuenta personas alrededor de un comedante carnadas en forma de letreros luminosos peces solitarios se cubren el rostro con un pedazo de tela y nadan a contracorriente no hay embarcaciones solo soldados armados agentes del territorio el agua como propiedad el río como producto de un montón de gente a precio cotizabile en alguna bolsa de valores al costado la cordillera suelta personas bajan lloviendo hacia puestos comerciales el río como maquinaria del sistema riberas ocupadas junto a la imposibilidad de romper el circuito se oyen monedas cayendo hombres repartiendo papelitos shows en vivo cabinas privadas clubes swinger agentes del comercio humano cal sobre sal gotas que siguen sonando junto a los zapatos cruzan como arcoíris ciclistas cetáceos desde las ventanas altas depredadores en los bancos que todavía no apagan las luces todo es una envoltura de plástico o nadar a contracorriente

Pero los ríos también tienen signos de puntuación.

La mujer se detiene. Gira la mirada hacia el cielo gris, mirando sin ver. Camina con cuidado. Luego cubre su cajita con ambos brazos.

Busco el último libro de Fernando Vallejo, lo encuentro cerca al Museo del Oro. Lo hojeo, veo si la copia tiene todas las páginas. La impresión parece bien hecha. Leo en silencio pero luego me distrae la banda sonora.

Esquivar bicicletas rosas. Oír un violín desafinado, observar a los pregoneros. El comercio y la informalidad han construido un lugar de paso rápido, mirada esquiva y relaciones breves. El vendedor de celulares quiere que lo grabe. Me muestra dos modelos *Samsung*. Sabe que yo no voy a comprarle ningún celular. ¿Lo sabe? Tal vez la esperanza de alguna venta furtiva sea la espina dorsal en la Séptima.

Vuelvo a ver a la vendedora de cigarros. Está parada en la puerta de la iglesia. Me dice que ella no está ahí donde la estoy viendo porque está en otra parte. En dónde, le pregunto. Me asegura que no puede pronunciar el nombre exacto pero que en realidad viene de las Pléyades.

No le pregunto nada más.

Luego, sin que se lo pida, me responde que sí, que es una semilla estelar y que por eso prefiere andar de un lado a otro.

Después toca con suavidad cada objeto metido en su cajita de madera. Revisa con las puntas de sus dedos que las cajas de cigarrillos estén en el orden correcto, que los encendedores tengan la cadena, que los peines sigan allí y que los caramelos no se hayan derramado. Se asoma por un momento a la realidad. Hace como si me viera, algo que no puede hacer, o eso creo.

Piedra. Línea divisoria. Adoquín. Montañita de tierra. Libros. Perro con saco y corbata. Bicycletas de colores. Hombres vestidos con overol. Letreros. Carteles a los que les faltan letras. El Tiempo. El Ti. El em. El po. Muchos zapatos. Leo. Camino. Leo.

La cordillera de los Andes se eleva silenciosa a unos pasos de la avenida.

Leo. La realidad me distrae. Veo estatuas, arcoíris, saltimbanquis, la cultura de todos los días. Cierro el libro. Lo guardo. Tal vez estaría bien ir a un café para concentrarme. Sin embargo, hay algo en la Séptima que me absorbe por completo.

Escribir un libro como lanzar un ave fuera de su jaula.

Dos cigarrillos *Pielroja*, le digo.

Me mira.

No me mira.

Aspiro el humo y todo vuelve a ser como antes.

Cascada

Los viajeros que encontramos en el camino eran como los numeritos verdes que aparecen en la película *The matrix*, subiendo y bajando acelerados. O como las gotas que caen antes de la lluvia, dispersas, alejadas de la marejada oficial.

Afuera de la casa había un perro esperando a su dueña. Las matas de haba todavía no estaban maduras, solo algo mordisqueadas y desordenadas por el viento. La casa tenía las paredes amarillas y descascaradas, tal vez desde hacía varios años. Ella salió cubriéndose el pecho del frío. Llevaba un plato de comida que de inmediato colocó sobre el suelo. Después encendió un cigarrillo.

Habrá tormenta, nos dijo.

El ruido de los colmillos raspando el plato de metal la distrajo por un momento. Vio al animal satisfecho, relamiendo su propio hocico. Era como si el tiempo del perro hubiera cambiado de hace unos segundos atrás. Había perdido toda ansiedad. Se lo veía ensimismado. Ella agudizó la vista para descifrar las nubes a lo lejos pero, contagiada por el nuevo estado de la mascota, decidió calmarse y absorber de nuevo su cigarrillo.

En *The art of fugue*, J. S. Bach hace una y mil variaciones de un mismo tema. Se trata de una melodía inicial que luego va cambiando paulatinamente, en un juego formal de escalas, tonalidades y colores. Las frases nunca se repiten con exactitud. A ese tema o fraseo inicial que desencadena la obra, los músicos le llaman sujeto.

Fue ella quien nos invitó a su casa. Se habían conocido con Uma en una de las terminales de la ciudad. Estaban comprando ropa o algo así. La primera vez que comimos los tres juntos, ella no dijo ni una sola palabra durante toda la cena.

Estoy menstruando, nos diría después.

Terminamos de comer en calma. Con Uma nos conocíamos tan bien que, con solo miramos en silencio por unos segundos, estábamos decidiendo quién lavaría los platos.

El personaje como una variación de estilo, afianzado en un tono pero con los bordes difuminados debido al constante cambio.

Ella me dijo que sí, que podíamos hablar acerca de lo que le había pasado, que no era tan importante después de todo, que las heridas casi ya habían sanado y que las últimas noches había dormido mejor. Le pregunté si recordaba la cara del tipo pero me dijo que no. También hablamos de nuestros viajes, de las personas que habíamos conocido y si alguna vez nos habíamos enamorado. En verdad la pregunta era si alguno todavía creía en el amor. Después de un rato ella me dijo que sí. Me contó que había probado drogas pero nunca nada duro, tampoco se había enganchado. Ella estaba sentada a mi lado, tenía puestos los mismos blujeans del día anterior y una camiseta rosa. Me dijo que era la primera persona a quien se lo contaba. Nos quedamos un rato en silencio. No quise preguntarle demasiado. Hablamos de nuestros padres, de su divorcio y de las ventajas de ser los mayores de cuatro hermanas, en el caso de ella y de tres varones en mi caso.

Después se recostó en la cama y comenzó a lagrimear pero de una manera sutil porque apenas se veía cómo cambiaban la forma de sus ojos, se hacían un poco rojos y luego una gotita diminuta en el extremo cerca de su nariz. Serían como las seis de la tarde. Le conté acerca de mis aventuras en Francia, acerca de cómo viajé de un extremo al otro del país, sin pagar un solo boleto de tren. Ella se rió pero sin ganas. Cuando el día se estaba yendo me siguió hablando de la violación, me dijo de nuevo que no recordaba la cara del tipo, que era más o menos esa misma hora. Me dijo que todo estaba oscuro en esa calle y que no había nadie más por ahí. No quise preguntarle nada más, se volvió a sentar a mi lado, en un costado de la cama. Fue hasta el mueble del rincón en donde estaban nuestras mochilas, abrió la suya.

Sus ojos ya no estaban con lágrimas, se la veía fuerte y decidida. Sacó algo para abrigarse porque el frío comenzaba a entrar en la habitación. Después se paró al lado del mueble, era una mujer fuerte y comenzó a contarme la historia con detalles. Pero ya no parecía la misma persona que estaba recostada en la cama unos minutos atrás. Ahora me contaba todo

sin un mínimo de emoción, simplemente detallando los hechos, uno tras otro, de una manera fría y distante, como si no hubiera sido a ella a quien le hubieran pasado esas cosas. Me contó no solamente lo que sucedió en la calle sino todo lo que había pasado antes aquel día. Sin moverse de ese lugar, sacó la botella de agua de mi mochila y bebió un trago. Al terminar su historia volvió a sentarse a mi lado y me preguntó si íbamos a salir. No estaba seguro si quería salir o quedarme en la habitación.

Habíamos viajado siete horas en bus y ahora era de noche. Le dije que sí, que sería bueno salir a tomar algo para distraernos y conocer la ciudad.

Estábamos parados en una esquina por donde pasaban muchas personas. Luego de encontrar a Uma, nos distrajimos viendo los letreros de bares y cafeterías. No sé qué pasó. Ninguno llamó nuestra atención. Era como si estuviéramos en otra parte, en otro tiempo, quizás. Volvimos a casa. Al día siguiente, antes de la despedida, prometimos volver a vernos.

Por puro azar, cayó en mis manos un ejemplar de las cartas de Burroughs a Ginsberg. El beatnik cuenta su paso por Ecuador. Cuando escucha el sonido de la quena por primera vez, sin conocer todavía el nombre del instrumento, se pregunta: “Esa música traía una nostalgia filogenética, ¿de la Atlántida?”.

Esta vez andábamos atascados. La avenida parecía extenderse por kilómetros hacia norte y sur. Pasaron treinta, cuarenta minutos, avanzábamos unos metros, luego nos quedábamos callados respirando el aire oscuro. Detuvimos el motor porque al parecer había ocurrido un accidente más adelante.

Bajamos las ventanillas, después las volvimos a subir porque entraba un olor a combustible.

Tengo hambre, dije.

Esta vez manejaba yo. Uma buscó una bolsa de papas fritas. Seguimos avanzando poco a poco hasta llegar a la salida menos congestionada. El atascón había quedado atrás pero la sensación se asfixia seguía a pesar de que la calidad del aire había mejorado. Seguimos en la cabina un rato más después de detenernos. La ciudad estaba ahí, a un lado de la carretera, los dos podíamos ver sus millones de luces.

Aún era posible escuchar algunos de sus ritmos caóticos.

En el almuerzo de despedida nos dimos cuenta de que todos oíamos a Grimes y, tal vez secretamente, algunos estaban ahorrando para comprar un coche eléctrico. Me pregunté si alguien se compraría uno en un futuro próximo.

Alejarse de las ciudades no fue una decisión fácil. Pese a lo que se pudiera pensar, estábamos más acostumbrados a las facilidades urbanas que a las salubridades rurales. En todo caso, después de estar lejos del olor a diesel y los imperios del reloj, las primeras semanas nos dimos cuenta de que estuvo bien. Funcionó para estar juntos, me refiero a algo distinto que los cuerpos, a estar juntos en otro sentido.

No teníamos tantas distracciones, así que en algún momento del día, inevitablemente, nos enfocábamos en nuestro interior, precisamente ahí donde estábamos juntos.

Svetlana Alexeievich, en *Voces de Chérbobil*, inventa un espacio invisible. Las constantes mediciones de cuántos *roentgen* tiene cada objeto, para calcular su nivel de radioactividad, nos llevan a un mundo donde ya no existe certeza de nuestros sentidos. Incluso el aire que se respira está contaminado. Algo, invisible a nuestros ojos, sucede a cada paso. En todo caso, ese algo, no es imperceptible para todos los seres vivos. “Donde haya abejas, estaremos seguros”, escribe en uno de los testimonios del libro.

Estábamos lejos del mar. A pesar de nuestros deseos, otra vez se mostraba esquivo.

No existe un árbol igual a otro, nos explicó el apicultor que viaja a nuestro lado en el camión hacia Charazani.

Allí estaba la gigante explanada. El suelo se volvía blanco de tanto en tanto. Eso sí, por las noches, el espectáculo del cielo compensaba la aridez del panorama diurno. Jamás habíamos pensado que existieran tantas estrellas. Sin embargo, cuando amanecía, otra vez aparecía la soledad.

Eso de ahí, ¿es un animal o una roca?, me preguntó Uma.

Intentamos acercarnos justo cuando la roca se fue saltando. O tal vez el animal se cubrió con un cuero que tenía la textura de una piedra. Nunca lo supimos. A medida que caminábamos, aparecían diferentes especies de flora. Saludamos a un cactus de tres metros, pisamos sin querer una hierba de color violeta.

El salar estaba ahí.

Solía ser un mar inconmensurable, nos dijeron.

También nos dijeron que, si no hacíamos ruido, podríamos ver a insectos inverosímiles. Alcanzamos a escuchar a algo así como una chicharra y ver a un tipo de avispa de varios colores cerca de nosotros.

Cuando pisamos el suelo de sal, nos sentimos en otro mundo. Tan solo mirar el polvo resquebrajado bajo nuestros pies hizo que pensáramos en el transcurrir del tiempo. El suelo de la tierra se había cuarteado de tal forma, que miles de baldosas hexagonales llegaban hasta donde alcanzaba nuestra mirada.

Nuevamente, al ver esas formas, pensamos en un panal.

Por unos días, quién sabe cuántos, las conexiones dedicadas al comercio, al turismo y a los pueblos nómadas, estará cerrado. El virus ha hecho que varios países cierren sus fronteras. Solo se permite el paso a quienes regresan.

Un libro donde la historia se encuentre en los espacios vacíos.

Salimos pese a la lluvia. Afuera se podían ver los árboles frescos. El ruido del río parecía acercarse. Después de mucho tiempo, nos tomamos de la mano y caminamos en silencio. Sabíamos que allí, en alguna parte del camino, había una pequeña cascada. Nos lo habían comentado las personas del restaurant cuando llegábamos.

Qué bueno que salimos, me dijo Uma.

Entonces la vimos aparecer. La cascada tendría unos cuarenta metros de alto, le decían. El velo de la novia y estaba completamente vacía, tal vez por la lluvia. Allí debajo, en una hondonada natural, había una poza de agua cristalina recibiendo el chorro. ¿Que si nos sacamos los zapatos, la ropa e hicimos el amor? Sí. Entiendo que puede parecer una escena artificial pero así fue. Además no se trataba solamente de la cascada sino del momento que estábamos atravesando.

Estoy harta de las ciudades, me había dicho Una días antes.

Yo seguía desnudo pero ella se había puesto la ropa interior. Estábamos completamente mojados y el aguacero había traído consigo una neblina imposible. Muy de vez en cuando se oía el ruido de un motor a lo lejos, detrás de la cortina de agua.

Nuestro distanciamiento había comenzado semanas, quizás meses, atrás.

Luego de viajar separados por algunos trayectos, decidimos venir a la selva para olvidarnos del estrés urbano. Sumergidos hasta el cuello y rodeados por esas inmensas paredes invisibles, parecía que todo se solucionaría.

La caída del agua también podría interpretarse como el acercamiento de un reino que está sobre nuestras cabezas, llegando a nosotros en forma líquida. Siendo así, el descenso sería parte de otro movimiento en equilibrio, el ascenso de una parte nuestra hacia la raíz de la lluvia.

A lo lejos, las personas trabajando la tierra me recuerdan a varias pinturas que tratan la misma temática. Solo que esto es real. Como si el tiempo no hubiera pasado. Igual que hace cientos, tal vez miles de años.

Son una familia. El hombre escarba la tierra, la mujer echa las semillas adentro de los surcos. Los niños llevan varios tallos amarrados en las manos. El color verde los envuelve.

Esto no es un cuadro: es la realidad, escribo en un papel.

Tendrían que conocer a Uma Siempre encuentra la forma de que las discusiones, en lugar de hundirnos en el mal humor, nos hagan salir de esa situación. Quiero decir que cada nuevo problema es una oportunidad para que nos conozcamos mejor. Abandonar las ciudades fue idea suya. No me arrepiento de esa decisión. Al menos eso es lo que siento ahora mientras escribo estas líneas en un papel del color de la madera.

Después de pasar unos meses lejos de las ciudades el mundo parecía diferente. El paso del tiempo, por ejemplo, no era el mismo. Tanto Uma como yo nos dimos cuenta de que no nos fijábamos la hora hacía semanas. Casi siempre despertábamos unos minutos antes del alba. Por las noches, el frío y la oscuridad nos hacían descansar temprano. Luego las horas eran más largas pero los días eran más cortos. Sin los números marcando lo que llamamos minutos, el tiempo era marcado por el clima, por la velocidad con que comían los animales o por nuestro propio ritmo cardíaco. Si a eso le sumamos que muchas veces estábamos en lugares sin maquinaria industrial para la siembra y la cosecha, era como hacer un viaje al pasado, o al futuro, dependiendo de la ideología agrícola.

Un viaje improbable, simultáneo y transversal al mismo tiempo. Un periplo hacia todas partes, que nos lleve hasta el punto más lejano: aquel del que partimos.

Helada. La primera gota. En medio del cráneo. Sentir su contacto como la punta de una espada. A veces comienza a llover en simultáneo, es decir toda el agua cayendo al mismo tiempo. Otras veces solo cae una gota, emisaria del diluvio, anunciando que pronto llegarán más.

Supongo que nosotros también llevábamos algo de las ciudades a las praderas. En cualquier caso, nos sentíamos bien trasladando nuestro tiempo ciudadano. Sin embargo, creo que se sentía mejor llevar el tiempo de la naturaleza hacia las urbes.

En una entrevista perdida a John Coltrane, le preguntaron –acerca de su manera de tocar el saxofón– si sentía rabia o algo parecido.

No, aseguró. Es solo que quiero decir muchas cosas a la vez, respondió tranquilo.

Eso me hizo pensar que, con un solo instrumento, Coltrane lograba la impresión de estar oyendo a cien big bands.

De todos modos, la rabia quizá se parezca a tener muchas cosas que decir al mismo tiempo.

Es posible reconocer un patrón en la naturaleza. Tal vez uno indescifrable que, de tanto en tanto, podría llegar a hacerse comprensible. Los imperceptibles ángulos en la explanada, las nubes que parecen acompañarnos por las ventanas, los cerros y sus interminables matices de formas, según esta interpretación del paisaje, tendrían muy en el fondo un algoritmo según el cual van repitiendo sus apariencias en todos los caminos. Al menos eso pensamos con Uma mientras nos alejamos de la última capital.

Por otra parte, oír a Phillip Glass me hace imaginar cientos de gotas cayendo sobre el vidrio. Es posible que no tenga mucho que decir, pero su variación formal es tan extrema que pronto las notas pierden su sentido inicial, transformándose en un continuo escape desde la forma hacia un contenido a veces arbitrario, incluso neurótico.

Decidimos enviar correos a todas las personas que habíamos conocido. Comenzamos por los compañeros de viaje, con quienes fuimos a varios lugares. Seguimos con los anfitriones que tuvimos. Entre mensaje y mensaje, nos dábamos cuenta de que habíamos

formado una red de contactos dispersos a lo largo de la Panamericana, por decirlo de algún modo.

Comenzamos a eso de las siete y a la hora de almorzar todavía no terminábamos.

Quisiera volver a verlos, me dijo Uma.

Escribirles era como traerlos a nuestro presente. El deseo de Uma era una forma de llevarlos a nuestro futuro. Metidos en una cabaña sin conexión, el simple hecho de recordarlos nos convencía de que ellos también nos recordarían.

Cuatro días después, cuando apretamos el botón de enviar, la emoción no era la misma.

Un libro como el agua que cae en la pradera.

Finalmente, decidimos que el tiempo solo nos permitiría visitar a una sola persona. La elegimos a ella, por supuesto. Al acercarnos, vimos que la puerta estaba abierta. El perro nos recibió con familiaridad. Entramos como si ella nos hubiera estado esperando hace toda una vida. Empezamos a conversar de inmediato, con ganas de que la charla no terminara nunca.

FIN